

LA PROLONGACIÓN DE LA PASCUA DESDE NUESTRAS VIDAS.

TODOS TENEMOS TALENTOS QUE MULTIPLICAR Y LLEVAR ADELANTE LA TAREA QUE CRISTO EXPRESA.

Durante la noche de la vigilia pascual en la antigüedad cristiana - de un modo sistemático a partir del siglo IV -, la iglesia celebraba la resurrección y la eucaristía. Aunque no existía una disciplina común acerca del tiempo de la catequesis necesaria, el período final de la preparación se va unificando gradualmente, según las noticias que nos llegaron a través de los distintos comentarios de los santos Padres. La última etapa de la catequesis o instrucción comenzaba la víspera del primer domingo de cuaresma. Quienes iban a ser bautizados daban su nombre al sacerdote y éste los presentaba por la mañana siguiente al obispo, quien los recibía con su padrino a los varones y con su madrina a las mujeres. El obispo desde este momento preguntaba a la comunidad si eran dignos de recibir el bautismo y él mismo los inscribía en los registros de la iglesia que presidía, gesto que ayuda al obispo a memorizar los futuros miembros de la familia cristiana y a rezar por ellos. Los días siguientes se les enseñaba y hacía escuchar las Sagradas Escrituras. Más tarde expresaban públicamente a la comunidad sus renunciaciones al mal como reconocimiento necesario para seguir a Cristo y aprendían de memoria el Padrenuestro devolviéndolo en una recitación pública a la comunidad (traditio-redditio) junto con las verdades de la fe esenciales del cristiano, presentadas en el símbolo que hoy llamamos credo. La noche de la vigilia, ante la piscina bautismal el diácono despojaba a quienes iban a ser bautizados de sus vestiduras, significando también el abandono del hombre viejo. Este ministro los ungía con el óleo de los catecúmenos, y ellos dando la espalda a occidente miraban hacia oriente desde donde Cristo vendrá glorioso, renunciando y negando nuevamente cualquier relación con la vida pasada del pecado y al demonio. Dentro del agua los esperaba el presbítero que los sumergía (en griego bautizaba) tres veces en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, al salir se los revestía con una túnica blanca (alba) y el obispo los confirmaba, esto es le daba la firmeza del Espíritu con la unción del santo crisma después de que los bautizados reconocieran y reafirmaran la aceptación de esta dignidad. Luego todos en procesión se encaminaban hacia el templo para celebrar la Eucaristía y recibir el Pan conagrado, completando así la iniciación cristiana. Esta breve síntesis nos muestra lo que la Tradición viva de la Iglesia viene celebrando y nos permite comprender algo más de toda la disciplina sacramental de nuestra liturgia. Lo que debemos rescatar es la función de la comunidad en la que todos se sentían responsables de los nuevos hermanos que nacían esa noche. La comunidad no era ajena ni independiente sino que asumía un rol de seguimiento y acompañamiento de los nuevos brotes germinados (en griego neófitos), por quienes tenían que desvelarse para que crezcan y den fruto (Jn15,4) Todos tenían un mismo sentir (2cor 13,11; Filp2,2) “La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era común entre ellos”.(Hch4,32). Nos desafía ahora pensar en comunidad, sabiendo que todos tenemos talentos que multiplicar y llevar adelante la tarea que Cristo expresa en su oración al Padre para que seamos protegidos del mal (Jn17,11ss). En cada Pascua se renueva el amor y la Fe para seguir formando la comunidad, trabajar por conservar la unidad y hacer que todos conozcan la alegría de ser cristianos por la paz de Dios, que supera todo conocimiento, la que custodia los corazones y nos permite poner en acto todo lo que hemos recibido, aprendido y oído en nuestra catequesis.(Filp4,7ss).